

La muerte en la calle y otros cuentos



José Félix Fuenmayor

UN UNIVERSIDAD
DEL NORTE

Editorial



Colección **Roble Amarillo**

Tomo 3
Abril, 2016

Índice

- 4. Introducción*
- 7. Con el doctor afuera*
- 29. La muerte en la calle*
- 47. Un viejo cuento de escopeta*

Introducción

Mucho se ha escrito sobre la trascendencia inobjetable de Ramón Vinyes, el célebre sabio catalán de *Cien años de soledad*, en lo que se ha dado en llamar «el Grupo de Barranquilla»; pero no siempre se ha reconocido en su justa medida el correspondiente ascendiente literario de José Félix Fuenmayor.

Este tercer volumen de la Colección Roble Amarillo tiene como propósito, justamente, estimular en las nuevas generaciones el interés por la obra literaria de este escritor barranquillero.

José Félix Fuenmayor publicó el poemario modernista *Musa del trópico* (1910), la novela *Cosme* (1927), el relato fantástico *Una triste aventura de catorce sabios* (1928), pionero de la ciencia ficción en Colombia, y un puñado de excelentes cuentos, publicados en diferentes medios, recogidos póstumamente bajo el título de *La muerte en la calle* (1967).

Como muchos de los miembros del Grupo de Barranquilla, Fuenmayor adelantó una permanente actividad periódica. Del mejor oficio del mundo salió, según Cepeda Samudio, el gran escritor; «de la avidéz constante por es-

carbar y descubrir lo que hay detrás del hecho diario, del constante contacto con esa cosa tan grandiosa y tonta que es el hombre viviendo su vida diaria» (citado en Fiorillo, 2002, p. 54).

Ahora bien, en cuanto a la reivindicación de la figura del viejo José Félix, el «abuelo sabio» y, al mismo tiempo, el más joven de los escritores del Grupo de Barranquilla, han desempeñado un papel protagónico sus discípulos más aventajados. La frase contundente de Álvaro Cepeda Samudio, «todos venimos del viejo Fuenmayor», ha sido, desventuradamente, obliterada por la crítica, que la toma casi siempre como una expresión más de la ancestral propensión del Caribe por la desmesura. Olvidan, por igual, que el magisterio de Fuenmayor fue reconocido de manera muy temprana por el propio García Márquez, al señalar en una de sus «Jirafas» de 1950, que el autor barranquillero supo aprovechar, como pocos, los mejores recursos de la narrativa norteamericana, a cuyos máximos representantes leía, discutía, rechazaba y aceptaba, simultánea y alternativamente, con vehemencia contradictoria. «Nos lleva ventaja a los jóvenes», confesó en su momento el promisorio discípulo, al percatarse de la beligerante y fértil actitud de su maestro. «Anda en otra órbita» (García Márquez, 2015, p. 294).

Confiamos en que estos cuentos despertarán el mismo interés en los jóvenes lectores y escritores del siglo XXI.

Orlando Araújo Fontalvo

Profesor de la Universidad del Norte



Acuña-16

Con el doctor afuera

Ya está aquí Magdaleno, flaco y cabezón, que parece una olla de mono en su varita. Se mete de una vez hasta el patio, y esto es sabido: que un viejo como él necesita calentarse el estómago y sus hijas prenden tarde el fogón. Mi mujer le arrima un banquito a la mesa y le pone su jarrito de café y su rueda de bollo limpio. Magdaleno se asienta, embucha gruñendo y no deja ni una gota ni miga. Es rápido, está de apuro y se levanta tumbando el banquito para seguir por ahí cayendo a tiempo en otras casas con el mismo cuento. Cuántos desayunos le cabrán a Magdaleno, yo lo quisiera saber: y eso que tiene la barriga escurrida y el pescuezo cañutudo; aunque también es verdad que su boca de rayita lo espanta a uno cuando se la espernanca a la comida. Al salir me pasa por delante y sin detenerse me dice: “Tú siempre en el taburete del doctor”.

También Liborio viene por aquí, pero no todos los días. Él no es de muela sino de lengua. Tiene encima

una buena pila de años como la mía y siempre me habla del tiempo en que nos juntábamos, allá por el año uno, de aquel día que y de la noche cuando y demás échale más y más, que no para. Y me va preguntando: ¿Te acuerdas?

Sí, yo me acuerdo. Y lo que más quisiera saber yo es eso de que uno se acuerde.

“Será un saco —digo yo— con la boca abierta y tragando que nos ha puesto Dios en el cuerpo para que aparezca todo lo que nos va pasando”.

“¿Y en qué parte del cuerpo tenemos el saco?” —pregunta Liborio.

“En el coco —digo—. La cosa puede caer por el ojo, o por la oreja, o por donde sea; pero allá va a dar, al saco en la cabeza”.

“Va a dar —dice Liborio. —¿Y cómo trabaja el saco?”

“Bueno —digo—. Tú ves a un individuo: esto quiere decir que te cayó al saco por el ojo. El saco lo coge y ya no se lo puedes quitar. Sacarlo sí puedes pero está como amarrado con caucho porque si lo sueltas vuelve al saco. Y te sirve para reconocer al individuo si se te presenta otra vez, porque lo pones al con-

fronte con el del saco y dices: ‘Este es’. Y el individuo queda recordado”.

“Saco es, tiene que ser saco —dice Liborio—. Pero fíjate que todo estará hecho un masacote. Cae el individuo, y ahí mismo queda revuelto y empegostado. ¿Cómo lo despegas para sacarlo?”.

“Pues ahí tienes —digo yo— que no puedes sacar ninguna cosa que salga ella sola sin que se le vengán pegadas las otras. Vamos a ver. Sacas de tu saco a Manuelita. ¿Te salió sola?”.

“Verdad —dice Liborio— se me han venido con ella los cinco pesos que me robó, la paliza que le di, la maldita vieja que se las echaba de su mamá; y párate, que aquí voy con las demás cosas que se le pegaron”.

“No, Liborio —digo— no sigas porque te va a salir con Manuelita todo lo que tienes en tu saco”.

“Párate, ya te lo avisé” —dice Liborio. Y siguió, saca que saca. Porque así es él. Descubierta el chorro como Arroyo Mono en invierno, que quién lo va a atajar.

Liborio es un amigo y sus visitas no las quisiera yo perder. Pero a mí lo que más me gusta es estar aquí en mi taburete, solo, con mi saco sacando.

A mi taburete lo han bautizado con nombre y apellido como a un cristiano: se llama el taburete del doctor. Lo conoce todo el mundo. Bastante bulla hizo por todo el camino y en el pueblo cuando lo traje en mi burra.

Fue un día que me llamó el doctor para un encargo. Él estaba en una silla larga que parecía un mariapalito de las de palito. Allí estaba el doctor con el espinazo doblado en una tira de lona que era como un pedazo de hamaca o, mejor, como una mochila. Yo pensaba: “Ni está sentado, ni está acostado; lo que está es enmochilado”. El doctor no entendió la reparada que le di a su aparato y me dijo: “Sabroso estar aquí, ¿no?”. Yo le contesté: “No, doctor, eso no es para nosotros; si yo me pongo ahí, me ahogo”. Miré el taburete que estaba junto a la pared y le dije: “Allí sí, doctor; recostándolo”. El doctor se echó a reír y entonces fue a la cosa. “Si ese te gusta —dijo— te lo regalo; llévatelo de una vez”.

Cuando me presenté en la casa con el taburete, mi mujer quiso aguarme la fiesta. “Seguro que te lo dieron porque lo iban botar” —me dijo. Yo me puse bra-

vo y le dije: “Tú qué tienes que ver. Este taburete es para mí solo, para sacarlo al patio y recostarlo en la pared; en el taburete del doctor no se va a sentar nadie sino yo”.

El doctor era un forastero que le compró la finca a don Clodo y en ella se metió y de ella no salió más, hasta que le llegó su hora y lo sacaron en el baúl.

Como pasó por el pueblo disparado en automóvil, un bulto se le escurrió a los mirones y los más curiosos querían que yo les dijera cómo era el doctor. Vayan a verlo, es ahí arribita no más les decía yo, y no por negado sino porque eso de cómo es una persona no sé contestar bien contestado que es como a mí me gusta contestar. A mí pregúntenme por una vaca, y ya estoy dando con las palabras que la pintan hasta mejor que un retrato. También un burro lo puedo explicar que lo reconocen enseguida solo o entre otros burros. Pero si es gente, después te salen con que como dijiste era equivocado, y es porque tú dices cómo lo viste pero no sabes cómo lo va a ver el otro; porque ni la gente está lo mismo siempre ni tampoco el que la ve está siempre lo mismo. Yo lo más cerca que puedo llegar es poniendo comparación con alguna cosa o con algún animal, buscando parecido de figura o modo de ser, que el doctor no se lo encontraba.

Con mi muletilla de que mejor fueran a verlo me quitaba de encima a los averiguadores de la vida ajena; pero a mi mujer no me la pude sacudir, y le dije: “El doctor todavía puede ablandarse como en agua y media, su tamaño ni se le nota entre nosotros, y anda como un sábado por la tardecita”. Mi mujer me repeló: “¡Qué gracioso! Ni que lo tuviera delante. Me dejas en ayunas”.

Pero si así era el doctor, con su pellejo que ya no era de pollo aunque no le pegaba todavía el dicho de no se cocina en dos aguas; y sin el casco de don Clodo que nos pasaba a todos la cabeza; y lo de tardecita de sábado lo dije porque a esa hora es cuando los que paran en las tiendas para los tragos están apenas alegres; pero esto fue el principio, que el doctor curioseaba por todos lados y hablaba cordial como un compañero. Después poco a poco se fue quedando más y más dentro de la casa y al fin no volvió a salir. Melchor se encargó de todo; y el doctor, añuquido en su mariapalito le sacaba las cuentas y también sacadas que le sacaba las uñas que Melchor quería meterles.

Cuando el doctor me regaló el taburete Melchor se me puso arisco; no que él quisiera taburete, pero Medardo por picarle las agallas le dijo que abriera el

ojo, que yo lo iba a desbancar de la administración. A Melchor le entró la rasquiña de que podía ser verdad y se fue a decirle al doctor que yo era el gran flojo y que para el ordeño no servía. Pasé por allí y el doctor me llamó. “Oye —me dijo— aquí está Melchor diciéndome que tú eres un flojo y que no sabes ordeñar”. Yo levanté mis dos manos, las abrí, bien abiertas, y dije: “Todo el que sepa de ubre de vaca tiene que ver que estos dedos son de ordeñador” y Melchor se puso de medio lado mirando para otra parte. “También puede ver cualquiera —seguí— que estas manos no son para escribir ni tampoco de administrador” y Melchor me dio el frente y lo dejé que me miraba bien las manos. Después dije: “Da lástima, doctor, que el miedo vuelva bruta a la gente” y Melchor bajó la cabeza y le puso atención a uno de sus pies que lo echaba para allá, lo echaba para acá, como patoco sapo tirando tarascadas. Así lo dejó el doctor su buen rato, observándolo con ojos que la risa aguantada le ponía chiquitos. Al fin no se rió, porque él con Melchor no se reía; pero se le fue una sonrisita puyona y con ella le dijo: “Quedaste despachado”.

Mi mujer volvió a querer saber del doctor, que si era de medicina. Se lo pregunté y me dijo que no, que era de leyes. “De todos modos es doctor —le dije— y da lo mismo”. Riéndose me contestó: “Sí, en el fondo

da lo mismo”. Yo le dije: “¿Usted me puede explicar eso, doctor, lo del fondo?”. Me contestó: “No, no te lo puedo explicar”. Yo dije: “Lo decía, doctor, porque un pleito que tenía Nicasio casi acaba con él, mismo que una enfermedad”. Y el doctor me dijo: “pues así queda bien explicado”. Cuando volví a la casa mi mujer me preguntó si le había hecho el mandado. “Sí —le contesté— es de leyes”. “Entonces no nos sirve” —dijo ella. “Mejor” dije yo, pensando en Nicasio.

Yo acostumbraba engancharme a descansar del ordeño en la horqueta de un palo de mango que había casi al frente de la casa del doctor. La horqueta era una rama mocha donde yo doblaba las corvas, la espalda pegada al tronco que se iba un poco atrás y con las nalgas sobre paso liso. Aquella me parecía la mejor postura hasta para dormir; por eso cuando vi el taburete del doctor me dije: Es como la horqueta y aún mejor. Allí me encontraba yo reposando una mañanita, y estaba ya para ponerme a averiguar con mi conciencia si sería verdad que yo era flojo; pero no acababa de darle el primer pasón al caso cuando el doctor me llamó para tratarme el mismo asunto.

“Quiero que honradamente me digas si tú eres flojo o no eres flojo” me dijo. “Doctor —contesté— yo siempre digo honradamente. Mire, doctor: uno es como

camina. Yo camino lento, y así soy; y si soy así, así trabajo. Melchor me ve sentado, que no muevo ni el ojo; pero llámenme a una ocupación, y ahí voy; y si voy, ¿soy flojo? Yo le diría a Melchor: Tú ves el gato, quieto como muerto; pero tira la mano para cogerlo y el gato salta que ni la pulga: ¿es flojo el gato?”.

“Quieres decir que eres como el gato” —me dijo el doctor con una risita.

“No, doctor —le dije— no soy como el gato. Pero vamos a otro animal. Vamos al burro. Usted lo ve tan pachorrudo que a veces ni el pellejo lo guiña para espantarse la mosca. Pero póngale el sillón, móntese, doctor, y ya está el burro haciendo su trabajo”.

“Entonces —dijo el doctor— así como el burro sí eres tú: tranquilo, tardo, pero rendidor”.

“Muy bien dicho, doctor —dije— soy como el burro. Y que no me lo tomen en mala parte”.

Mucho se habla del trabajo, que lo ponen como una gran cosa buena para uno y hasta para recomendadores del amor al trabajo, los hay. Para fregarlos. Que no frieguen. Con lo que Dios mandó basta: que si no trabajas, no comes, y Melchor no me va a negar que yo como. Ahora, si quiere darme fama de flojo, que

me la dé. Daño por el lado del doctor no me llega porque él no le hace caso. Y si me lo quiere cargar como pecado de la Doctrina Cristiana, que me lo cargue, y vamos a ver qué hace conmigo el Padre Eterno, que hasta mejor me puede ir; porque una cosa que Melchor no ha pensado es que flojo era Adán antes de la maldición y entonces, flojo, era cuando Dios más lo quería y lo contemplaba en el Paraíso.

Melchor quedó retrechero conmigo y no podía disimular que le dolían las llamadas que me hacía el doctor, muchas veces con él mismo, que tenía que obedecer. Pero no era nada lo que yo hablaba con el doctor sino preguntas que me hacía para pasar el rato.

“¿Tú sabes curar la mordedura de culebra?” —me dijo un día:

“Lo primero, doctor —le contesté— esos animales malos, aunque es verdad que muerden porque cierran de golpe las quijadas, ya antecito dieron la chuzada con sus colmillos; pero el apretón no es nada, doctor, lo maluco es el pinchazo y yo por eso me voy a lo principal y no diga que las culebras muerden sino que pican. ¿Está mal doctor?”

“No —dijo— viendo las cosas como tú las ves, está bien. ¿Y qué es lo segundo?”.

“Lo segundo y lo demás —le dije— es que, mire doctor, si una boquidorada de dos metros que no se ha tragado todavía su rata o su sapo clava los colmillos en carne limpia, la única salvación sería que otra serpiente igual ahí mismo metiera un contraveneno. Una contra sí existe pero nadie la conoce por aquí. Sucede, doctor, que hay un día y una hora en que pelean las culebras y la que es picada come una yerbita que le cura. Y le voy a contar lo que a mí me pasó. Una vez, en la hora y el día, vi una cascabel y una mapaná en pelea que me cogió al pie de un barranco donde no me pude trepar, y ellas al frente, en el limpio, y no tuve para dónde correr. Aquello daba miedo, doctor. Las culebras se paraban a veces en la punta del rabo y se veían como dos personas. También se retorcían en el suelo como un mondongo o como tripas con purgante; y cuando se tiraban seguidos no les faltaba sino tronar para que uno creyera que eran relámpagos de verdad, verdad. De pronto la cascabel le metió los colmillos a la mapaná, esto tuvo que ser, porque la mapaná corrió que ni se veía para los matorrales; y ahí fue donde perdí la ocasión porque ella iba a buscar la yerbita que saca el veneno; y si yo hubiese sabido entonces lo que iba a hacer,

la sigo, doctor, y conocería la yerbita que es la única contra en el mundo”.

“Entonces si no hay remedio, ¿qué debe hacerse?” dijo el doctor.

“Ojo —dije— mucho ojo, doctor, para no pisarlas; y en un desmante no meter la mano sino el garabato. Si uno no las molesta, a uno no le pasa nada. Menos la mapaná, porque ella se viene al golpe del machete”.

“Pero si las culebras no tienen oídos” —dijo el doctor.

“Bueno, doctor —dije— oirán por otra parte.

Y hay otra cosa de la que la gente no se puede librar, y es que las culebras maman teta y dejan seca a la recién parida, sin leche para el muchachito; y también maman ubre y si la vaca no se deja, ahí mismo amanece muerta”.

El doctor soltó su risa y dijo que las culebras, verdad, tenían sus cosas que eran de ellas nada más, como la de que propiamente caminaban con las costillas; que sordas, sí son, pero que pegadas como están al suelo, sienten por la barriga y hasta dijo que por la lengua que la sacan para tantear el aire y que esto no era que oyeran pero sí como si oyeran. A lo de que mamaran,

a eso sí no le dio pase por ningún lado. Me explicó la cabeza de la culebra, que tiene la boca muy dura; que si yo puedo chupar es porque hago ventosa con los labios, que son blanditos y me preguntó que cómo haría yo para mamar si tuviera toda la boca callosa o de hueso. Le contesté: “Yo no sé cómo haría yo, doctor, pero las culebras sí saben cómo lo hacen. Ahí está el caso, que usted quien lo dice, del caminado de ellas; y ¿cómo haría usted, doctor, para caminar con las costillas? Ya ve, doctor, lo mismo que la mamada: uno no sabe, pero las culebras sí”.

El doctor se reía de lo que yo hablaba, siempre se estaba burlando, qué iba yo a hacer, tan bueno era el doctor. Y también yo lo excusaba porque él era hombre de ciudad, no comprendía el monte, y ya no iba a aprender. Él no vino por aquí ni biche ni verde para madurar, sino maduro para pudrirse. Pudrirse digo, no para que se le coja el sentido malo que también tiene sino para dar a entender que a la ciruela, cuando ya está colorada no le entra más sabor ni más jugo.

Vamos a ver, que no ha acabado el sol su bajada y ya está el doctor prendiendo todas las luces adentro y hasta afuera de la casa. No, doctor, no haga eso en la noche del monte. Deje una luz pequeña en un cuarto y sálgase afuerita en lo oscuro a mirar y a escuchar

la noche dejándosela cerquita, no se la quite de encima espantándola con la electricidad. Para diversión nunca le faltará cualquier cosa como luciérnagas que parecen, digo yo, reventazón de topotoropos que no echan semillas sino candelitas; o el canto del bujío, que es su propio nombre y lo repite cada momento porque le gusta llamarse así; o el gritico sinvergüenza del conejo, que no le conviene darlo, pero lo da. Comience por ahí, doctor, con esos juguetes mientras aprende como nosotros a poner atención a otras cosas que son vistas y oídas con ojos y orejas de adentro, y esto es un misterio y no se lo puedo explicar. Usted no me va a creer, doctor: cuando hay luna, se mueven por todas partes, caminando calladitos, los sueños que salen a repartirse entre la gente dormida y que son de toda clase, buenos y malos, pero a uno que está allí le toca el mejor. Y si no hay luna, entonces es un secreteo como una brisita de palabras que refresca cualquier mal de la persona. Métase, doctor, en la noche del monte, que usted la necesita.

De eso quería yo hablarle al doctor, pero era como consejo que se lo pensaba decir, y cómo me iba a atrever. De su alegría y tranquila apariencia, ahí estábamos todos para testigos; pero sus risas, yo lo tenía visto, eran como esas campanadas que se despa-

rraman sobre la maleza pero no tapan toda la mala yerba de abajo. El doctor estaba fallo, y eso no se me despintaba, y la noche del monte lo podía completar.

Un día comencé. “Doctor, le dije, el día es muy bonito pero la noche es linda también; el día y la noche son dos partes del mundo y dos fuerzas para el hombre; el día es fuerza para el cuerpo y la noche es fuerza para el alma”. El doctor se rió. “¿qué es esa letanía que me estás enjaretando” dijo. “Mi letanía, dije yo, no es más que esta: que de día puede uno ponerse a buscar a Dios, pero de noche hasta puede uno encontrarlo”. El doctor dijo: “¿Va a ser ahora un sermón?”. Yo le dije: “Pasa, doctor, que cuando uno aguanta las palabras que deben ser se va en palabras que no son. Lo que yo estaba por decirle es que nunca lo he visto meterse en la noche de monte”. El doctor se rió más fuerte y dijo: “¿Qué es lo que tú quieres? ¿Que me aventure en la oscuridad para dar un tropezón y romperme las narices, o para que me muerda una culebra y tú no sepas curarme?”. Le dije: “No tiene que salir, doctor”. Él seguía riéndose. “Lo que sucede, dijo, es que te gusta la noche porque eres animal nocturno”. “¿Animal nocturno, doctor?”. “Bueno, ordeñador, por otro nombre”. Y ahí paró esto porque comenzó con sus preguntas: que si era verdad que al rey de los gallinazos los demás goleros lo dejan comer solo y se

apartan por respeto a su condición superior; que si yo me había encontrado alguna bruja en forma de puerca arrancando yuca; que cuánto maíz me había piao yo. Yo le iba dando mis contestaciones y él se reía con su risa cariñosa que no ofendía. Bueno, doctor, siquiera me tenía a mí para un rato de diversión.

Muchas botellas vacías veíamos salir de la casa del doctor, y esto era para que los del corral se picaran el ojo y dijeran su chiste que no era más que uno: “No traga alpiste el turpialito”, decían. Una vez que Patrocinio fue el encargado de traer una caja llena se presentó con uno nuevo: “El doctor no es camello” dijo. Este dicho no lo supo explicar Patrocinio pero gustó más, acabó con el del alpiste y se quedó él solo dando el palo. Y si se ponían con estas burlitas no era que no le tuvieran buena voluntad y respeto al doctor; pero es que nosotros no estamos acostumbrados a decirles palabras bonitas a las personas de nuestra estimación y más bien las linduras nos sirven para hacerle insulto a la gente con quien no comulgamos.

Yo pensaba: Esas botellas serán la noche en que se mete el doctor; porque la borrachera es como una noche, pero embustera y dañina, toda al revés de la verdadera noche que hizo el Señor.

De esto también quise decirle al doctor, aunque era más trabajoso; y después de meterle mucha cabeza me resolví y lo probé con una pregunta mañosa para irme llegando, si podía: le pregunté si la salud no era lo principal para el hombre. Me contestó un poquito brusco: “¿Qué importa la salud?”. Yo no le saqué el cuerpo a la mala señal y dije con un tonito regañón: “¿Qué no importa, doctor? Usted dice eso”. Se suavizó; pero serio todavía dijo: “Sí, parecen palabras vacías. Pero la enfermedad no está en nuestras manos eludirla y lo primordial será, pues, prepararnos para recibirla cuando nos llegue. Si nos mantenemos con ánimo para acoger el padecimiento inevitable entonces podemos decir sin vaciedad: ¿Qué importa la salud? Yo dije: “¿Entonces, doctor? No entiendo.” “Sí, entonces, y no entiendas” dijo él, y ahí mismo volvió a sus risas y echó a embromarme con sus preguntas de entretenimiento.

El día que oí que el doctor no había salido de su cuarto, fui a preguntar por él. Me oyó la voz y me llamó. Entré, lo hallé acostado en su cama y no le vi botella cerca.

“¿Cómo está, doctor?” le pregunté.

“No sé —me contestó—. Una vez que me sentí muy mal creí que de esa no me escapaba y nada pasó.

Ahora, cuando no pienso que esté de gravedad, tal vez me tengan listo el tijeretazo”.

“Tampoco ahora va a pasar nada” le dije.

El doctor arrugó la frente y se le apretó más la seriedad que en ese momento se le había plantado en toda la cara.

“De eso —dijo— lo que suceda lo aguanto. Pero hay otra cosa: mi mujer está en camino para acá”.

“Yo no sabía que usted fuera casado, doctor —le dije— pero es bueno que ella venga porque así estará mejor cuidado.

Su buen rato se quedó callado el doctor. Hizo el movimiento, que yo le conocía, de coger la botella, aunque no había botella, y se dejó caer otra vez a su postura acostada. Después torció la boca como para que pareciera sonrisa, que no me pareció.

“¿Sabes cómo me siento? —dijo— como un burro moribundo que ve llegar el gallinazo”.

Yo, pensando qué clase de mujer sería aquella, cuando el doctor la ponía de golero, le dije:

“Palo, es lo que va a encontrar aquí el gallinazo”.

Entonces se sonrió el doctor, de verdad, y el humor le cambió.

“Ajá, ¿y qué hay del taburete, no te has aburrido de él?”.

“No, doctor; él sigue siendo mi mejor amigo”.

“Cuando te lo di tenía más de cien años. De eso hace más de catorce. ¿Cuántos tiene ahora?”.

“¿Cuántos, doctor?”.

“Más de ciento catorce”.

“Y si lo viera, doctor, que todavía parece un jovencito. Su cuero de chivo no ha perdido ni un pelo y su madera está lisa y clara, casi del color y la suavidad de aquel tabaco que usted me dio, metido en un tubito que le habían hecho para él solo. ¿Cuántos años me dijo que tenía, doctor?”.

“Más de ciento catorce. Y los que le faltan”.

“Esos serán los mismos que me faltan a mí, porque lo que es él solamente vivirá hasta que yo muera”.

“¿Cómo es eso?”.

“Sí, doctor; porque mi última voluntad es que el taburete lo entierren conmigo”.

El día siguiente al anochecer murió el doctor. Su mujer llegó un poquito antes y no había bajado del automóvil cuando ya estaba Melchor aparándola. Al entrar ella al cuarto encontró al doctor boquiando.

Hoy no va a haber ordeño, pensamos todos, esta noche es de velorio. Pero vino Melchor y nos dijo: “Al corral, a su hora, manda la viuda”. Micaela tenía ya puesta la olla con el agua para el café y Melchor se la hizo quitar del fogón. “Nada de café —dijo— no hay velorio”.

Después del ordeño me enganché en mi horqueta del palo de mango. La señora del doctor salió a la puerta y mientras yo la estaba reparando ella me vio, que ni me di cuenta porque tenía un modo de mirar de medio lado, como gallinazo. Cuando se asomó estaba un poquito encorvada, pero al verme se estiró. “Melchor —zumbó como alas de golero— ¿quién es aquel encaramado allí, que parece un loro?”. Melchor le contestó algo que no pude oír, porque lo dijo para que yo no lo oyera. Pero a ella sí la oí. “Despídelo enseguida. Ya estoy viendo que en esta finca hay más gente de la que se necesita”.

Ahí está Liborio, que no lo vi llegando sino cuando ya lo tuve encima.

“¿Sacando del saco?” me dice.

“Sí, le digo. Tenía afuera al doctor con el gallinazo pegado”.

Liborio se me sienta enfrente y se pone saca, saca de su saco cosas del año uno que también están en el mío. Y me pregunta: ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas?



La muerte en la calle

Hoy me ladró un perro. Fue hace poquito, cuatro o cinco o seis o siete cuadras abajo. No que me ladra propiamente, ni me quería morder, eso no. Se me venía acercando, alargando el cuerpo pero listo a recogerlo, el hocico estirado como hacen ellos cuando están recelosos pero quieren oler. Después se paró, echó para atrás sin darse vuelta, se sentó a aullar y ya no me miraba a mí sino para arriba.

Ahora no sé por qué me he sentado aquí sobre este sardinel, en la noche, cuando iba camino de mi casa. Parece que no pudiera andar un paso más, y eso no puede ser; porque mis piernas, bien flacas las pobres, nunca se han cansado de caminar. Esto tengo que averiguarlo.

También por primera vez pienso que mi casa está lejos, y esta palabra me suena extraña. Lejos. ¿Será “lejos”? Sí. Es “lejos”. Es que ya tenía olvidada la palabra.

Yo digo “casa” pero no es más que una cuevita a la salida de la ciudad, casi en el puro monte. Me gusta poner nombres así. A mis conocidos, a quienes pido los centavos que diariamente necesito, me les arrimo diciéndoles: Qué tal, caballero. Son pocos esos conocidos. Verdaderamente son mis amigos. Yo busco uno o dos de ellos cada día y voy dejando descansar de mí a los otros; y como solo les pido muy de tiempo en tiempo no me huyen ni se me excusan. Cuando me encuentro alguno que no está en turno para el día, lo saludo “Qué tal, caballero” y sigo de largo con mi paso que siempre parece que llevo un poco de prisa. Si es alguno a quien le toca, le digo: “Qué tal, caballero. Échese ahí tres centavos, o cinco, o siete o diez”. Con tres tengo para el café tinto. Si son cinco, hay para el pan. Si son siete, ahí está el azúcar, y entonces bajo mi mochila, saco mi jarrito y le echo el café; y saco mi botella de agua y echo, revuelvo con un dedo y así el café aumentado me alcanza para el pan. Y si son diez, añado una arepita de masa dulce. Tres es malo; cinco, regular, siete bueno; y diez, completo. Con uno solo o con dos nada más, o sin uno o sin dos, no sé, porque nunca me ha pasado. Dios me favorece. Y también me dio el don del orden.

A veces es más de diez, porque cojo a un caballero en un momento así, y entonces puede haber para al-

muerzo y hasta para la comida. Pero eso de almuerzo y comida no me importa mucho. Mi mala costumbre, que no he podido quitármela, es el desayuno. Otra que sí me quité, era que toda la plata me la acababa inventando cosas; y eso noté que me perjudicaba la salud y me estorbaba para caminar. Entonces dejé la mala costumbre, y lo que me quedaba lo guardaba para el otro día. Pero aunque tuviera algo guardado yo no dejaba de hacer mi trabajo de caminar. Naturalmente, mientras me duraba el guardado yo no pedía nada; y si entretanto me cruzaba con algún caballero a quien le tocaba, lo saludaba y seguía de largo porque su turno quedaba aplazado.

Una vez tuve un problema de mucha plata. Llegué por la noche a la casa de un caballero a quien le tocaba y lo encontré en la terraza, donde estaba en reunión con mujeres y todo. Le dije: “Caballero, échese ahí tres, o cinco, o siete, o diez”. Entonces otro caballero que estaba allí sentado se levantó y se me puso al frente y me dijo que repitiera lo que había dicho. Yo repetí. Me dijo que le explicara lo que yo quería decir con eso, y yo le expliqué, largo. Porque a mí me gusta hablar de las cosas mías y es de lo único de que hablo; porque en mis cosas veía siempre la mano de Dios. Cuando me encuentro a una persona que le pone interés a mis asuntos, hablo; pero es muy

raro que la encuentre, como aquel caballero. Entonces me la paso callado. A mí me ven pasar, como mudo, y la gente pensará que a mí no me gusta hablar; pero no es así, es lo contrario, porque yo estoy siempre hablando, hablando conmigo mismo. Bueno: y aquel caballero me tendió delante de los ojos cinco pesos. Yo le veía el billete en la mano “Caballero, es de quinientos” le dije, para que se fijara, si era que se había equivocado. “Sí, tómalo” me dijo. Lo cogí, qué caray, y me despedí.

Esta es la voluntad de Dios, pensaba yo, caminando; él me dirá lo que me corresponda hacer. Dos días, o tres, o cuatro, o cinco, tardó en llegarme la iluminación. Y entonces, lo hice: envolví el billete en un papelito y lo amarré al fondo de la mochila. Ahí está, desde entonces; para que cuando yo me muera el que me recoja lo encuentre y sea suyo. Dios le guiará la mano para que dé con él, como premio de su buena acción.

Una cosa rara, que me haya sentado aquí, cuando yo sigo siempre en viaje liso. Y acabo de fijarme que solo he traído tres periódicos en vez de los cuatro que deben ser. Nada de esto me había sucedido nunca. Y viendo eso me quedo aquí sentado en lugar de devolverme a buscar el que me falta. Dios mío. Tú debes saber lo que me está pasando; me está pasando

algo malo, pero Tú haces tu voluntad. Ahora tengo la preocupación de mi mala costumbre de abrir dos periódicos en el suelo y echarme encima dos también; porque solo traje tres, y ahora no sé si convenga más dos arriba y uno abajo que dos abajo y uno arriba. Dios mío, líbrame de esta preocupación, porque me siento sin ganas de devolverme a buscar el que me falta.

Hace tiempo tenía yo una manta. Dios me hizo ese milagro, porque me condujo a pasar por una casa en el momento en que un hombre en la puerta decía, y yo lo oí: “Llévese eso y bótelo”. Miré, y vi la manta. Y le dije al hombre: “Qué tal, caballero; échese la acá si va a botarla”; y el hombre me la dio.

Aquel fue un buen tiempo. Comenzó cuando yo estaba ya cansado de pedir alojamiento, hoy aquí, mañana allá, porque no me lo daban más que una vez. Yo solo pedía que me dejaran dormir en la cocina o bajo alguna enramadita, o en cualquier parte del patio; en cualquier parte que no fuera la calle, en un sardinel, como estoy ahora; porque yo tengo mis gustos y hay dos cosas que no paso: ni dormir en un sardinel, en la calle, ni pedir comida. Siempre me contestaban con mala cara, lo mismo cuando me decían sí que cuando decían no. A veces tenía que rogar el favor en dos o tres o cuatro o cinco casas antes de conse-

guirlo. Y un día que pedí permiso para ir atrás en un patio por una necesidad, vi un hoyo en el suelo que quién sabe si lo habían hecho puercos o lo cavó algún perro. Lo medí con el ojo y lo encontré de mi largo y ancho, y bien seco estaba. Miré para la casa, y lo tapaba la cocina. Miré derecho para la calle, y había un portillo en la cerca. De una vez lo pensé. Y en seguida fui a hablar con la gente de aquella casa y expliqué mi asunto: que yo siempre llegaba a acostarme muy tarde cuando todos están durmiendo; y salía muy temprano, cuando nadie se había levantado; y allí estaba el portillo para entrar y salir sin que sintieran; y como no iba a molestar a nadie, que me dejaran dormir en el hoyo del patio que no se veía desde la casa porque lo tapaba la cocina: todo bien explicado. Aquella gente era buena y me lo permitió.

La primera noche, cuando me metí en el hoyo creí que el frío de la tierra no iba a dejarme pegar los ojos. Pero Dios me ayudó, porque después de un rato ya estuve en calorcito. Lo mismo siguió pasándome todas las noches.

Una noche, cuando menos lo pensaba, me cayó un aguacero; pero fue ya a la madrugada, casi cuando iba a levantarme, y me salí y me sequé con la brisa, caminando. Y mientras andaba se me presentó en la cabeza un pedazo de cerca con una lámina de

zinc que quedaba a tres, cuatro, o cinco o seis o siete pasos del hoyo. Esa misma noche aflojé la lámina, la quité y la puse de tapa al hoyo; y por la mañana la volví a su sitio; y nadie se dio cuenta, y así seguí haciendo; y ya podía llover. Esa idea del zinc no me vino de Dios, porque Él es bueno, y aquello de usar la lámina sin autorización era cosa que no debí hacer, cosa mala. La idea me vino de la lluvia, que no es buena ni mala; pero tapar el hoyo era bueno. Como fuera, Dios me lo perdonó; porque al otro día del zinc, me mandó la manta.

Aquel buen tiempo duró hasta que los muchachos me descubrieron. Yo digo que los perros son buenos y los muchachos son malos. Esto quiere decir que yo no he conocido muchacho bueno ni perro malo. Pero seguramente Dios ha hecho de todo.

A mí ningún perro me ha molestado. Y algunos me siguen, desean vivir conmigo, eso muy claro se los comprendo. Ellos no buscan ni comida sino mi compañía, porque bien saben que yo no tengo comida porque demás que pueden oler mi mochila. Viene uno y me ve. Se estira, alzando la cabeza; luego se afloja, se me va poniendo detrás y continúa adelantando hasta que marcha a mi lado acomodando su pasito brincado al mío suave y largo. Así voy con él, vamos juntos, mirándonos. El bate y bate más y más

su esperanza con la cola. Hasta que yo le doy la última mirada y muevo la cabeza pensando: no puedo vivir contigo caballerazo perro. Y él me entiende; y con pasito más brincado y más triste, se aleja.

Qué pasaría hoy con aquel perro. Eso tengo que averiguarlo.

Los muchachos con quienes yo me he estado cruzando, son malos. Hablan sucio y feo. Y se fijan en uno, y le tiran piedras y le gritan apodos. Si es uno solo, yo sé que se hace el que no me ve, pero me está preparando y buscando ocasión. Si son dos, o tres, o cuatro, o cinco mi peligro es mayor porque entonces se descarán, juntos pierden el miedo y cada uno quiere ganarse en maldad a los otros. A mí me parece que cuando están así, también les sale rabo pero no de perro bueno sino de Malino que se los pone y por eso no puede vérselo el que está con Dios.

Verdad que yo sé que con mi flacura cada día se me ha ido saliendo el esqueleto más y más para afuera, y esto es bueno de ver para los muchachos que no están con Dios. También les gustarán mis pantalones rotos, tal como se han roto, porque yo no los remiendo, remangados en mis canillitas, sobre mis zapatos que yo los abro bastante en la punta para que los dedos de mis pies tomen aire y no críen mal olor. Y tal

vez lo que más les pica son mis patillitas que de una vez crecieron y ahí me las he dejado y no son más que unos pelitos ralos y larguitos, un poco monos, pero, eso sí, suaves como de seda, y por eso estoy siempre pasándome la mano por la cara.

Todo eso lo sé yo. Pero me defiendo. Y un modo es que no les huyo y si me gritan, no es conmigo. Y tampoco les doy tiempo ni lugar para que me pongan ningún apodo que se me quede pegado, porque nunca me ven achantado ni dando vueltas por esos sitios que hay donde se amontona gente, que unos vienes y van y se ve que están como en ocupaciones y diligencias; y otros parece que algún viento los hubiera tirado allí para nada o que creo que están esperando que el mismo viento que allí los echó les lleve algo, y no saben qué. Yo nunca estoy por esos sitios. Yo camino en busca de mis caballerazos; y después que los encuentro sigo caminando, caminando.

Otro modo de defenderme es que si un muchacho viene o va por delante de mí o lo siento que anda por detrás de mí, yo estoy arisco y vigilante para sacarle el cuerpo a la piedra. Si no fuera por eso, quién sabe cuántas veces ya me hubieran roto la cabeza de una pedrada.

Y lo que me hicieron los muchachos en mi hoyo de dormir, no es que yo no hubiera tomado precauciones. Es que no sé cómo me descubrieron los muchachos. Eso, no he podido averiguarlo. Pero una noche sentí puyitas por el cuerpo, y era cadillo que me echaron en el fondo del hoyo. Otra noche, seguido, me enronché porque me pusieron pringamosa. Y la última noche, seguido también, cuando abrí la manta me ensució todo de porquería. Había tanta que comprendí que no era obra de un solo muchacho.

Me salí del hoyo y me limpié con tierra, bien restregado. Pensaba: Por qué habrán hecho esto conmigo. Pero Dios lo había permitido.

Está visto que las cosas malas que a uno le pasan, son buenas por otro lado que uno no llega a conocer sino después, cuando es su momento. Es lo que siempre sucede.

Y aquella noche me dije que no iba a dormir. Puse la lámina de zinc en su puesto de la cerca y salí por el portillo. La manta, la dejé; yo pude habérmela llevado y lavarla, pero se las dejé allí.

Caminé, caminé, como si fuera de día. Seguía derecho, no doblaba por ninguna esquina, sino derecho. Y después vi que ese era el camino. Ya estaba en las afueras cuando paré. Y allí mismo la vi: mi cuevita,

la que desde ese momento iba a ser mi casa. Entré, agachándome. Daba media vuelta y hacía como sala y cuarto. De una vez me acosté. Y cuando ya no estaba despierto pero tampoco me había dormido, Dios me dio la idea de los periódicos, y yo ayudé, pensando: deben ser cuatro: dos en el suelo y dos como sábana.

Desde entonces estoy mejor, como nunca. En mi casa puede llover lo que quiera llover, y no me mojo, y sin tener que tapar nada con zinc. Y por allá no he visto a ningún muchacho.

Aquí llevo mis diez para mañana. Mi botella de agua está llena. Si mi mamá me ve desde la otra vida estará contenta de que a su hijo no le falte nada. Lo único ahora es el periódico; pero eso ya no importa porque he resuelto poner uno solo en el suelo y arrojarme con dos, y ya se me acabó esa preocupación. También si mi tío lo supiera le gustaría conocer que, si no fui zapatero, busqué en cambio mi propio camino y en él no paso necesidades.

Una cosa que yo he debido averiguar es que nunca he sabido quién fue mi papá. Pero como no me lo decían, pensé que era que no debía saberlo, y por eso no lo averigüé.

Mi mamá trabajaba mucho. Todo era lavar ella; ella coser, ella, planchar; ella, cocinar. No me dejaba que

le ayudara. Me decía: Tú no sabes de eso, anda a jugar. Y yo jugaba en el patio, que era chiquito, pero podía correr de una punta a otra y me gustaba clavar un palo en el suelo y saltar por encima. Y yo a veces no tenía ganas de jugar, pero jugaba para que mi mamá viera, porque a ella le gustaba mucho verme jugar.

Un día mi tío se fue a vivir con nosotros. Mi mamá me dijo: Este es tu tío. Era él muy ancho. Yo lo veía por detrás y me parecía que no tenía cabeza, o que su cabeza no era cabeza. Mi mamá nos ponía la mesa con mantel. Los dos no más nos sentábamos, porque ella iba y venía, seguía trabajando. Mi tío, cuando acababa su comida hacía pedacitos de bollo, los pasaba por el plato y se los comía. Le decía a mi madre que eso era para que le fuera más fácil lavar el plato. Haz tú lo mismo, me decía, y así ayudas a tu madre. Yo lo hacía, por obedecerle; pero no me gusta hacer eso.

Toda aquella comida la tengo olvidada, ya no es nada para mí. De lo que me acuerdo es de aquellas tajaditas de plátano maduro que mi mamá me dejaba coger cuando las estaba friendo. Después, cuando estaban sobre la mesa en un plato, ya no me gustaban tanto como cuando las comía cerquita a mi mamá, en la cocina.

Un día murió mi mamá. Yo comencé a llorar; pero mi tío me cogió por un brazo, me sacó al patio y señalándome un rincón me dijo: Siéntate ahí, y nada de llorar, porque los hombres no lloran.

Mi tío se hizo cargo de todo. Me dijo: Hay que venderlo todo: este es un deber que yo tengo que cumplir.

Y otro día, cerró la casa. Coge eso y vamos, me dijo. Yo alcé un saco grande, uno mediano y uno pequeño y seguí detrás de él. Llegamos a un buque. Me quitó los sacos y no me dejó subir. Te puedes caer, me dijo, espérame aquí. Tardó mucho y al fin volvió con un bultico en la mano. “Ya no tienes a tu madre ni a tu tío, me dijo; ahora vas a hacerte un hombre y debes asegurar tu porvenir. Yo quiero que seas zapatero. Es un oficio honorable y produce mucho dinero. No se dirá que yo te abandoné a tu suerte, aunque eso es lo que Dios quiere, que cada cual busque su propio camino. Aquí te doy esto, con lo cual puedes empezar la zapatería”. Me entregó el bultico y se volvió al buque.

Comenzaron a soltar los cabos; y yo, parado en la orilla, esperaba que mi tío se asomara para gritarle: Adiós, tío. El buque se abrió en el agua, respirando fuerte, y comenzó a irse. Se iba el buque, yo esperaba, pensaba que era mejor que mi tío no se asomara

sino cuando fuera bien lejos, para que entonces lo alcanzara allá mi grito de adiós, porque me parecía que dar un grito desde la orilla hasta un buque muy distante, era como soltar un pájaro que sigue volando hasta después que uno ya no lo ve. Pero mi tío no se asomó.

Cuando recibí el bultico noté que era pesado. Anduve un buen rato con él sin desenvolverlo. Aunque no imaginaba lo que pudiera ser, no estaba curioso por saberlo. O tal vez sí sentía mucha curiosidad y por lo mismo demoraba en abrirlo. O era que sin darme cuenta, yo lo tenía sabido, porque mi tío me lo había dicho: lo que yo llevaba en la mano era mi zapatería.

Al fin me senté en un sardinel, como estoy ahora, y quité el papel y vi: era una horma de zapatero. Claro, tenía que ser una cosa de zapatería. Y lo mejor que se me ocurrió fue ir a buscar un zapatero. Seguramente era eso lo que mi tío había pensado que yo haría: que, con la horma, yo encontrara un zapatero que me hiciera socio de su zapatería.

Fui donde uno y le tendí el bultico, sin decir nada. El zapatero me miró a la cara. Qué traes ahí, me dijo; y cogió el bultico y lo desenvolvió. Esta es una horma izquierda, dijo; dónde está la derecha. Yo no entendí y no supe qué contestar. Él volvió a mirarme a la

cara; y agarrando con una sola mano el papel suelto y la horma desenvuelta, los tiró al suelo y me dijo: Eso no sirve, y ahora vete. Yo me fui, rápido, sin atreverme a recoger el papel y la horma; y ya andando en la calle comprendí que mi tío se había equivocado y no se fijó; pero yo le agradecí su buena voluntad aunque se hubiera equivocado. Y cuando Dios permitió que eso pasara es porque no quería que yo fuera zapatero.

Entonces vi grandes las palabras que me había dicho mi tío: ahora no tienes ni a tu mamá ni a tu tío. Me puse a mirar por todas partes y vi que tampoco tenía ya ni mi mesa para comer ni mi patio para jugar. Yo pensaba: algo se puede encontrar en el mundo. Yo no conocía la gente ni las calles. Me miré yo mismo para adentro y pensé: yo no puedo quedarme con la gente porque cada una es de otra y yo perdí la mía, entonces, la parte que me queda del mundo son las calles; por las calles es por donde puedo buscar mi propio camino, que es lo que Dios quiere, como me dijo mi tío.

La manera como Dios lo conduce a uno, yo la conocí: es con riendas. Lo mejor es no resabiarse y dejar uno que le apriete bien justo el freno pues así va uno más seguro porque siente los tironcitos por pequeños que sean, que Dios le dé. Por eso yo sentí el que me dio

un día que yo me iba a ser hombre de pala para coger arena; y enseguida dejé la pala. Otros me ha dado y también los he sentido. Pero cuando voy por la calle, caminando, me deja suelto, porque ese es mi camino y ahí no necesito tironcitos y entonces parece que ni freno llevara puesto.

Hay un peligro, que yo lo tuve, y es el misterio de la mujer. Yo me dije: eso tengo que averiguarlo. Y me puse a fijarme en las mujeres; pero el misterio no se me resolvía con cualquier mujer en que me fijara. Un día vi a una que estaba sentada y se me pareció a mi mamá; pero se levantó y ya no se parecía. Otra vez me iba delante una mujer que en el bulto y en los movimientos era como mi mamá; eso veía yo; pero cuando me la pasé y le vi la cara, se fue el parecido. Me sucedió también que yo iba distraído y de pronto oí la voz de mi mamá: alcé la cabeza y vi unas mujeres que iban hablando, pero la voz de mi mamá no volvió.

Entonces, yo me puse a pensar que mi mamá estaba como repartida en pedazos, y también en pedacitos, entre otras mujeres. Esto me gustó al principio y yo las seguía disimuladamente y con el misterio dándome vueltas en la cabeza y que a veces comenzaba a regárase por todo el cuerpo.

Pero, después, me molestaba que una mujer pudiera ser en ninguna cosa como mi mamá. Y entonces ya no les hallé más parecido. Primero pensaba yo: es que se los estoy negando, porque sí lo tienen. La verdad la vi, al fin, cuando comencé a sentir los tironcitos; esos parecidos no existían y era que el misterio de la mujer me los ponía como trampa. Y ya no quise averiguar más el misterio de la mujer.

Sí, Dios me ha favorecido. Con su protección y atendiendo a las riendas encontré mi propio camino en el mundo. Mi trabajo es caminar, y eso me gusta. El alimento lo consigo con solo decir: Qué tal, caballero. Ahora tengo mi casa. Dios me ha librado de toda inquietud.

Y Él me ha sentado hoy aquí y no quiere que me levante y camine. Qué raro, aquel perro. ¿No habrá por ahí algún muchacho con una piedra en la mano? No. No hay nadie. No hay más que la calle. Pero la calle comienza a desaparecer, me va dejando. Y el sardinel donde estoy sentado se está alzando como una nube y me lleva en la soledad y el silencio. Ahora veo a mi mamá. Está de pie, a la puerta de la cocina, pero no me ha visto. La llamo: ¿Ya vas a freir las tajaditas de plátano, mamá?



Acuña-16

Un viejo cuento de escopeta

Petrona, la mujer de Martín, llegaba a la ciudad —el poblado con sus moradores, anticipándose a la realidad que un día debía ser— llamaban ya la ciudad. Llegaba Petrona montada en burra. Un cajón a lado y lado del sillón, el espacio entre ellos relleno con esterillas, mantas y almohadas. Encima, Petrona. Dos mozos la escoltaban, a pie, el uno adelantado como guía y el otro detrás, empuñando un garabato —y la burra lo sabía.

Ante una casa grande, de paredes de ladrillos y techo de tejas el guía se detuvo y su parada se corrió a la burra y al del garabato.

—Aquí es, niña Petrona.

En el sardinel aguardaban una mujer y un muchacho. El guía no los miró, ni parecía haberlos visto; pero mientras bajaba cargada a Petrona dijo:

—Ella es Juana, la cocinera, y él es Eugenio, su hijo, para los mandados. Ella tiene las llaves.

De pie en el suelo, podía verse mejor que Petrona era una viejita bajita, delgada, de apariencia muy débil. Donde la puso el guía se quedó, quietecita se pensaría que esperando a que la llevaran en brazos como a una criaturita.

Los mozos quitaron el relleno del sillón, lo entregaron a Juana y saltaron sobre la burra: el uno cayó en el sillón y cruzó las piernas; el otro en el anca, y sus pies casi tocaban tierra.

—Adiós, niña Petrona. Que Dios la conserve en salud.

El garabato dio una picada. La burra sacudió las orejas, torció el cuello tratando de echarle un reojo al garabato, y arrancó, en el comienzo un poco apresurada pero sentando luego su marcha en ese inalterable y moroso paso de burro que crea en nuestros campesinos la pachorra y quizás la ensoñación.

Petrona miró alejarse la burra, la siguió con los ojos hasta que, al pasar de la calle al callejón la esquina se la tragó lentamente, de orejas y rabo. Entonces se apretó la frente con las manos, como para hundirse muy adentro todo un pasado del monte que acababa de abandonar, y entró resuelta en su ahora de la ciudad. Con el paso menudo y ágil se dirigió a la

casa; recorriéndola en todas sus partes la reconoció minuciosamente y empezó a dar órdenes que hacía cumplir de inmediato.

Más tarde se presentó Martín a caballo. Traía atravesada en la silla vaquera una herrumbrosa escopeta.

—Válgame Dios —dijo Petrona— no debiste traerla.

—No sé —dijo Martín— iba a dejarla pero me devolví a cogerla. No sé.

Bajó del caballo y lo amarró a la reja de una ventana. Era huesudo, delgado y tan alto, que al lado de su mujer, daba la impresión de que podría metérsela en un bolsillo de su chaquetón.

—No me gusta que te la hayas traído.

—A mí tampoco. No sé.

Martín conocía muy bien la casa pues la había inspeccionado cuidadosamente antes de comprarla. Con la escopeta en balanza pensó un rato y fue a dejarla en un rincón del último cuarto y volvió a la sala donde Petrona, en una mecedora, quietecita, miraba la pared.

—¿Qué hiciste con la escopeta?

—Allá la puse. Un cuarto entero para ella sola, el último. No le eché llave a la puerta. Puede que así sea, pues dicen que hay ladrones.

—¿Robarse eso, Martín? Bueno, será lo que Dios quiera. Siempre te digo que la botes, pero hago mal porque yo tampoco me atrevería a botarla. Sea lo que Dios quiera.

Allá, en la finca, adquirió Martín esa escopeta de un modo muy simple aunque extraño. Un desconocido se la propuso a cambio de una carga de yucas. Mal negocio, Martín lo vio de una vez; pero lo hizo. Su mujer se disgustó.

—Eso no sirve para nada, Martín, es una mugre. ¿Por qué aceptaste el cambalache?

Mirando, mirando lejos, por donde el extraño se fue con la carga de yucas montado en un burro, Martín contestó: No sé, no sé.

—Bótala de una vez, Martín.

Martín cargó con la escopeta y, como si la botara, la echó al fondo del cobertizo destinado a las herramientas, materiales y trastos viejos de la finca. Y allí quedó olvidada por mucho tiempo. Mas un día Martín la halló a su paso, casualmente, y observó que es-

taba hundida un poco en el suelo de tierra apisonada donde había caído cuando la tiró.

—La escopeta se ha hecho una especie de nicho por sí misma —fue a decirle a su mujer. —Eso parece un milagro de Santo.

Cómo se te ocurre —le increpó Petrona indignada. Decir eso es un sacrilegio. Los vellos se me han erizado.

Martín sintió que a él también se le erizaban los vellos.

—Bótala, Martín, bótala.

—Sí, voy a botarla.

Pero la escopeta continuó allí, y otra vez fue olvidada, como lo había sido antes, como ocurrió ahora en la ciudad. La preocupación por la escopeta aparecía fugaz pero intensa; un fucilazo muy lejano que también podría significar muy hondo.

—Vengo por el caballo, señor Martín. —Anunció una voz desde afuera.

—Está bien, llévatelo —dijo Martín, saliendo a la calle.

Sin perder tiempo, el que llegaba desató la bestia y, montando, tomó el mismo camino por donde se fue la burra. Martín estuvo mirando hasta que la esquina se tragó al jinete y su cabalgadura; y entonces, con un gesto igual al de Pabla en el momento de desaparecer la burra, se apretó la frente y se enterró en sí mismo al pasado —un pasado de esperanzas realizadas que ambos sepultaban en un presente sin ilusiones, como un muerto en un muerto.

Después de cincuenta años de vida montuna, un día Martín dijo a Petrona:

—Me compran todo esto. ¿Qué te parece?

—Tú, ¿qué dices?

—Me gustaría venderlo.

—¿No te hará falta?

—No, Petrona. He pensado que trabajar de necesidad es ir en camino a alguna parte; que esa parte a donde uno va, trabajando, es el descanso y creo que ya hemos llegado.

—Verdad, Martín. Yo también he estado preguntándome hasta cuándo, y para qué. Vende. ¿Y para dónde cogemos?

—Para la ciudad.

Y ya estaban aquí, con casa propia y sobra de dinero para atender sus gastos.

Petrona se dedicó activamente a la organización de la casa y en pocos días estableció un orden doméstico, encargó a Juana de su ejecución; y sin descuidar la vigilancia general pasaba las horas enteras en una mecedora de bejuco, dando el frente al patio de arena blanca, limpio, sombreado por dos almendros. Su mirada se desvanecía en un espacio inexistente, en un tiempo perdido donde la extinguida realidad de su vida en el campo renacía convertida en ensueños.

Y el viejo Martín, al parecer olvidado por completo de la finca, se levantaba muy de mañana, sacaba una silla al sardinel y sentándose con su tabaco en la boca contestaba el saludo de las gentes que pasaban y con quienes siempre estaba dispuesto a hablar si le daban conversación. Cuando el sol calentaba se iba a estirar las piernas, calle arriba, hasta la esquina que se tragó al caballo y a la burra. A veces se hacía tragar él mismo y doblaba subiendo tres cuadras hasta una tienda donde se acostumbró a comprar sus tabacos.

Cierta vez que hacía allí su provisión llegaron dos sujetos, quienes después de saludarlo se apartaron a hablar entre sí y Martín oyó que repetían la palabra escopeta. Martín los miró de lado con desconfianza porque en repentina sospecha malició que sabrían algo de la suya e intentaban alguna burla. Quiso saber.

—¿Qué es lo de la escopeta? —preguntó, pensando: ahora vamos a ver.

—Sí, señor Martín. Es para la Danza de los Pájaros.

—¿Y qué es eso?

—Bueno, verdad que usted no ha pasado aquí un carnaval todavía. Es que nosotros somos los de la Danza y ahí tenemos que sacar una escopeta. Perico venía prestándonos la suya, pero ahora pasa que la vendió para afuera y esa es la cosa: dónde vamos a conseguir escopeta.

—¿Y la escopeta, para qué?

—Mire, señor Martín, es que el Cazador mata al Gavilán en defensa de la Paloma. Hace como que lo mata, usted me entiende; revienta el fósforo, nada más, y el Gavilán se tumba como muerto. Para eso es la escopeta.

Martín pensaba: Esta es la ocasión, mi viejita se alegrará mucho; pero de pronto no la quieren porque quién sabe si ni para reventar el fósforo sirve. “Vean ustedes —dijo— yo tengo una. Vengan conmigo para que la lleven de una vez”.

—No, señor Martín; es nada más para los tres días.

—No importa, llévensela desde ahora y se quedan con ella. Yo no la necesito.

—No, señor Martín: prestada, nada más.

—Pero si es una escopeta vieja que no vale un cuartillo.

—No, señor Martín.

—Está bien, como ustedes quieran, qué voy a hacer. Pero vamos a verla.

Los dos hombres acompañaron a Martín, discutieron un poco y acabaron por aceptarla.

—Digo yo —explicó uno de ellos— que hasta mejor que una nueva será, porque mete más miedo.

Yo me asusté cuando le eché el primer ojo. —Bueno, señor Martín —dijo el otro— contamos con ella y Dios se lo pague.

—¿Para qué metes a Dios en esto? —protestó su compañero.

Llegado el carnaval salió airosa la escopeta en su primera prueba, reventando el fósforo magníficamente y —como lo imaginó uno de los jefes de la Danza— su temeroso aspecto coloreó con un espanto adicional la escena de la muerte del Gavilán.

Por seis años sucesivos la escopeta había seguido triunfando en las manos del Cazador cada temporada carnestoléndica. Los de la Danza de los Pájaros se enorgullecían con ella.

—El San Nicolás del Capitán Glen también sale cada fiesta patronal —le dijo uno de ellos a Martín— como la escopeta de usted cada carnaval.

—Quiere decir que usted es como un Capitán Glen y la escopeta es como un San Nicolás.

Esto le pareció chistoso a Martín y lo contó a su mujer.

—Otro sacrilegio —exclamó Petrona, santiguándose. Martín, no me gustó ese trato que hiciste. Mientras no nos metimos con la escopeta nada pasó. Ahora, quién sabe: mira por donde va la cosa, con esa irreverencia. Si te la repiten, Martín, persíginate.

Oyendo a Petrona Martín se preguntó si no estaría ya pasando algo. A él, por lo menos. Hacía un tiempo, quizá coincidente con el del trato, su buen apetito desmejoraba. No en las comidas regulares pues siempre fue muy sobrio en ellas, igual continuaba siéndolo y por eso su mujer no se daba cuenta del trastorno que sufría. Era en los intermedios entre el desayuno y el almuerzo, principalmente, cuando se manifestaba su inapetencia, y esto lo considera una desgracia. Porque en comer y comer a poquitos y a cada rato en todo el día golosinas y pedacitos de cualquier cosa había encontrado su vejez la felicidad.

Permanecía de pie, al lado de su mujer. Ella no necesitó mirarlo para sentir la tristeza de su esposo.

—¿Qué te pasa, Martín?

—Estaba por decírtelo, Petrona. Es que me siento mal. Esos dulcecitos, tú sabes, los buñuelitos y todas esas cositas que me gustan, ya no las apetezco.

—Sí, no estarás bien.

Guardaron silencio un rato. Petrona pensaba que Martín le pedía ayuda, y pensaba cómo ayudarlo. Un cocimiento de manzanilla, no, porque no era indigestión. Decirle que renunciara a esos bocados de

niño, cómo iba a pedírselo si eran la alegría de Martín. Encomendarlo a Dios sería lo mejor.

—Martín —dijo— hago esta manda: tú y yo iremos juntos a la procesión del Viernes Santo.

Ese día estaba ya muy próximo; y cuando llegó Martín y Petrona salieron en compañía de Juana a cumplir la promesa.

Al pequeño Eugenio lo dejaron en la casa. Pero el muchacho sabía de antemano que esto iba a suceder y tenía invitado a Pablito con quién proyectó divertirse aquellas horas de completa libertad, con toda la casa a su disposición. No tardó Pablito en presentarse; y como Eugenio quería agasajarlo, le dijo:

—Tenemos agua de panela pero falta el limón. Aguárdeme aquí, que voy a conseguirlo.

Quedó solo Pablito; y la casa, desierta y callada, le infiltró su misterio. Oyó la llamada de soledad y silencio. Comenzó a andar de puntillas. Tanteaba las puertas que creía tremendamente aseguradas con cerrojos y trancas porque imaginaba tras ellas cosas indefinibles, extrañas. Pero todas se iban abriendo, y sintió que en esto de que se le franquearan había algo mágico. Por entre las hojas que apenas entrea-

bría, adelantaba cautelosamente la cabeza y miraba. Sombras. Sombras —y algunas se movían, vivían, fluctuaban en el aire, se desprendían de los rincones y lentamente avanzaban sobre él; pero antes de que lo alcanzaran cerraba la puerta precipitadamente. Esa tiránica curiosidad que el temor aviva, lo arrastraba. Y así fue, de estancia en estancia. Hasta que, llegando a la última, al atisbar creyó ver a una extraordinaria criatura negra, sin brazos, muy flaca y que recostada a la pared se mantenía parada de cabeza. Entonces, el valeroso Pablito emprendió la fuga. Salía ya a la calle cuando tropezó con Eugenio, ya de regreso con los limones. Eugenio retuvo a Pablito asiéndolo de un brazo.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Suéltame.

—Pero di, ¿qué tienes?

—Hoy... es... Viernes Santo... —y se zafó, continuando su huida.

Y entró el nuevo año; y un día San Sebastián se mostró en su cuadrito de los almanaques de pared; y todos lo miraban allí, y, viéndolo, se alegraban sintiendo el primer estremecimiento del carnaval.

Y Martín no había recobrado el apetito. Sentado a la puerta de la calle veía pasar a las mujeres con sus chazas de dulces sobre la cabeza, sin detenerlas, siguiéndolas unas veces con la vista, cristianamente resignado; y otras volviéndoles enfurruñado las espaldas.

Pasaba el anciano Sabas y saludó:

—Buenos días, señor Martín.

—Buenos días.

Se detuvo Sabas. No se paró de frente a Martín sino de lado, mirando hacia el fin de la calle. Las dos cabezas —Sabas de pie y Martín sentado— se nivelaban.

—Cómo irá a ser este carnaval, es lo que me pregunto. Vea usted que el año pasado solo salió una Danza de los Diablos, y bien mala. ¿Cuántas saldrán ahora? Ninguna. Vea que se lo digo: Ninguna. Yo me he puesto a buscar jóvenes para enseñarlos. Conseguí algunos pero se me fueron cuando les puse las uñas de hojalata y las espuelas de puñales. Pendejos. En mis tiempos...

Sabas calló mientras sus recuerdos se agitaban débilmente y se volvían a la quietud de su memoria a media luz. Y siguió su camino.

—Vea que se lo digo: ninguna. Pendejos.

Y así fue. No hubo ese año ni una sola Danza de los Diablos, pero sí las otras que el heroico Sabas seguramente miraba con desprecio.

Como la de los Patos Cucharos, que hacían tabletear a dos metros de altura sus grandes picos de palo, y bailaban ceremoniosamente, con parsimonia impuesta por los ciudadanos exigentes de la pesada armazón que soportaban.

Como la de los Doce Pares de Francia, cuyos campanudos parlamentos y aparatosos vestidos eran seguramente el pintoresco infundio de algún atrevido remendador de las letras y las modas antiguas.

Como la de los Collongos, y la del Gallinazo, y las grandes Danzas del Toro.

Y como la de los Pájaros —con la escopeta de Martín. Y tratándose de esta será necesario —con perdón— detallar un poco.

Era el último de los tres días por la tarde, en la sala de la casa de la Niña Filomenita. Los Pájaros, bas-

tante maltrechos en aquellas postrimerías saliendo por turnos al centro despejado de la sala, recitaban versitos al compás —o no— de un acordeón y una tamborita.

El canto del Papayero, etimológico: Yo quiero comer papaya —papaya madura quiero —y como papaya como —me llaman el Papayero.

El del Pitirrí, onomatopéyico: Yo, pitirrí, pitirreo —mi pitirra pitirrea —y todos mis pitirritos —piti-rriti-titi-rrean.

El del Canario, cristianomoralizador: Porque canto muy bonito —el hombre me coge en trampa —me quita mi libertad —y yo le canto en la jaula.

Llegó, al fin, el momento de la Paloma. Vestida de blanco, zapatos rojos, plumitas en la cabeza, el rostro descubierto —cómo iba a taparse tan linda cara— y bastante aburrída. Cantó su belleza y su inocencia: Soy la Palomita blanca —tengo el piquito rosado —y aunque llena de ternura —todavía no he empollado.

Entró en acción el Gavilán. Era el más desmedrado. La cola se le había descosido en parte y caía como un taparrabo fuera de sitio. Con la mano izquierda levantó su máscara hasta la nariz columpiando

el brazo derecho como si empujara adelante y atrás los versitos, recitó con lánguida voz de enamorado bobo: Paloma, mi Palomita —ya no puedo aguantar más —las ganitas que te tengo, —y voy a comerte ya.

Entonces saltó el Cazador, y no había perdido los bríos. Vestía chaquetilla amarilla, calzones cortos galonados, polainas negras de trapo y birrete de roja pola con lentejuelas. Apuntó al Gavilán con la escopeta de Martín: Mira, Gavilán maldito —eso te imaginas tú —pero no vas a comértela —porque yo te mato: ¡Pun!

El pun no debía decirlo el Cazador. Según el artificio del poeta que arregló la estrofitita, esa exclamación se entendería expresada por el estallido del fulminante. Pero esta vez se oyó otra cosa: una violenta detonación que retumbó en el ámbito de la sala; y el Gavilán se desplomó con el cuello destrozado.

Por un instante la muerte hizo un silencio absoluto, su profunda pausa. Y pasado aquel momento imperceptible, la tragedia se puso en movimiento. Gemidos, imprecaciones, gritos, murmullos. El caído, con la ensangrentada máscara bien sentada en el rostro y las alas abiertas en cruz, parecía como nunca y extrañamente un verdadero gavilán.

—¡La escopeta! ¿Dónde está la escopeta?

Ninguno hizo caso. Nada había que averiguar, si todos lo sabían: aquello era obra del diablo, que carga las escopetas.

Mas no le pareció tan simple la cuestión a Petrona.

—Martín... —comenzó a decir, y calló al ver a un hombre que llegaba.

—Señor Martín, su escopeta mató al Gavilán.

—Sí —dijo Martín— ya vinieron a decírmelo.

Es una desgracia; no sé, no sé; es una desgracia.

—Señor Martín, la escopeta ha desaparecido y nadie da con ella; pero yo sé dónde está y vengo para que me acompañe porque es usted quien debe recogerla.

Petrona se incorporó en la mecedora y exclamó vivamente:

—No vayas, Martín, no vayas. El Señor me ha revelado una verdad. —Y según su inspiración explicó que el Diablo hizo la primera escopeta y la dejó de muestra a los hombres, porque sabía que son perversos y multiplicarían de su mano; que el Diablo no carga cualquier escopeta sino la suya, la que él hizo,

la de origen satánico; y que nadie puede reconocerla porque va cambiando de forma y aspecto.

—Ninguna fuerza humana lograría impedir que continúe rodando por el mundo mientras Dios lo permita. No vayas, Martín, no vayas.

Mientras hablaba Petrona, el hombre de la invitación a Martín se había ido deslizando hasta la puerta de la calle y salió.

—Martín —dijo Petrona, santiguándose— te fijaste en él? Es el mismo del cambalache.

Martín se asomó a mirar. Ya oscurecía. Y creyó ver que el desconocido se alejaba montando en burro y con una carga de yucas.

ISBN 978-958-741-679-4 (impreso)

ISBN 978-958-741-680-0 (PDF)

Una publicación de
Editorial Universidad del Norte
para circulación y distribución gratuita
en el *campus* universitario
© 2016

Edición: Zoila Sotomayor
Selección de textos: Orlando Araújo Fontalvo
Ilustraciones: Gabriel Acuña
Corrección: Farides Lugo
Diseño: Carolina Algarín y Naybeth Díaz
Diagramación: Munir Kharfan
Impresión: Editorial Kimpres

Universidad del Norte,
Km 5 vía Puerto Colombia
Barranquilla, Colombia



Editorial



El **roble amarillo** es símbolo de nuestro pasado terrenal y prenda de nuestros futuros ideales.